



DOS DE MAYO DE 1808



A LOS NIÑOS

DE LAS ESCUELAS DE

• MADRID •

EN EL 1.^{ER} CENTENARIO DE TAN GLORIOSA FECHA

EL CUERPO
DE

ARTILLERÍA

2 DE MAYO DE 1908.

EL CUERPO DE ARTILLERÍA
A LOS NIÑOS DE LAS
ESCUELAS DE MADRID

Dos de Mayo de 1908.

DOS DE MAYO DE 1808

Á LOS NIÑOS

DE LAS

ESCUELAS DE MADRID

EN EL

PRIMER CENTENARIO DE TAN GLORIOSA FECHA

EL CUERPO DE ARTILLERÍA

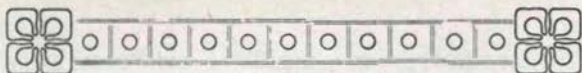
Dos de Mayo de 1908.



MADRID

IMP. Y LIT. DE BERNARDO RODRÍGUEZ
Barquillo, 8, y Bravo Murillo, 37.

1908



A vosotros, los niños de las escuelas madrileñas, dedicamos esta pequeña lección de Historia.

Somos el Cuerpo de Artillería, los que tienen uniforme con bombas en el cuello, los que llevan cañones á la guerra, así como la Infantería lleva fusiles y bayonetas, y la Caballería caballos y sables, formando todos juntos lo que se llama el Ejército, que es lo que sirve para defender á la Patria.

¿Sabéis qué es la Patria?

Cada uno de vosotros tiene una madre que ha reunido los amores de su casa para criarle y para quererle más que á su vida; pues bien, juntad todas vuestras madres en una sola, que os cuide á todos con igual cariño, y haga que os améis como si fuerais hermanos, y esa madre es la Patria.

Esta madre tan querida y tan grande se llama España; vosotros, sus hijos, os llamáis españoles; y como es tan grande y está tan alta que no alcanzáis hasta sus brazos, para besarla tenéis que besar á la bandera amarilla y encarnada que la representa.

Abrazando y besando á la bandera española, se abraza y se besa á España.

España es vuestra familia, es vuestro barrio, es esta hermosa ciudad de Madrid; son los montes que se ven á lo lejos; son las tierras que se divisan desde esos montes; son todas las tierras en que se habla nuestra misma lengua, y lo son también otras tierras en que, además de la lengua española, hablan otra menos conocida y más familiar.

Hay algunos que creen que porque hablan de otra manera no son españoles. No es verdad. Los que dicen eso, al llegar la ocasión, han peleado siempre junto á nosotros, y han sabido morir por la Patria. Sucede como cuando alguno de vosotros riñe en casa con su hermano, y si luego, al salir á la calle, ve que le insultan, se pone á su lado para defenderlo.

De este modo es como nuestra querida España forma lo que se llama una Nación. Fuera de ella hay otras muchas naciones que

también tienen hijos que las aman y las defienden, y hay bastantes que son más grandes y saben más que nosotros. Debemos aprender de estas últimas y ser amigos de todas.

Pero cuando alguna pretende entrar en nuestro territorio para quitarnos algo ó para mandarnos, entonces ya no somos chicos ni grandes, amigos ni enemigos; entonces ya no somos más que españoles, y entonces, cuando peligra la Patria, todos los españoles, hasta las mujeres y vosotros, los niños, somos Ejército.

Un ejemplo glorioso de que así sucede es la defensa del Parque de Monteleón, por cuya puerta, que conservamos como santa reliquia, pasáis ahora bajo la bandera de la Patria.



Tal día como hoy, hace de esto cien años justos, Madrid estaba lleno de franceses, que, aunque vinieron diciendo que eran nuestros amigos, pronto comprendimos que nos engañaban, por la manera que tenían de tratarnos.

Empezaron á mandar como si fuéramos nosotros criados suyos, y concluyeron por insultarnos y atropellarnos. El pueblo de Madrid no pudo sufrirlos con paciencia, y al amanecer aquel día se levantó desesperado, gritando

con la fuerza de todas sus voces juntas:—¡Mue-
ran los franceses!

Y á este grito de guerra, hombres, mujeres y niños se echaron sobre ellos, furiosos, hiriéndolos, por no tener otras armas mejores, con palos, con piedras, con los brazos y hasta con las uñas; no importaba que los caballos les pisasen, los sables les hiriesen, los cañones los barrieran y las lanzas les atravesaran de parte á parte; era necesario morir matando.

El rumor de lo que pasaba llegó hasta el barrio de Maravillas, donde el pueblo se enteró de que en la plaza de Oriente, en la Puerta del Sol y en otros sitios, los franceses acuchillaban sin piedad á cuantos se les ponían por delante, y hasta á muchos otros que no se metían con ellos. Llenos de indignación todos los del barrio, se agolparon á la puerta del Parque de Artillería, que estaba cerrada; á esta misma puerta en que ahora, después de cien años, os entregamos el presente libro. Pedían que se les abriera; pedían armas para pelear, para no ser acuchillados con tanta crueldad como los de la plaza de Oriente y la Puerta del Sol, y acompañaban sus gritos con vivas á los artilleros.

Éstos, los artilleros españoles, se hallaban entretanto dentro del Parque. Los principales

eran los capitanes D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, y con ellos estaban otros oficiales, compañeros suyos. También se encontraban allí diez y seis artilleros de tropa, varios empleados del Cuerpo, la tercera compañía del segundo batallón del regimiento de Voluntarios del Estado, con cuatro oficiales, y una guardia francesa.

El capitán Daoiz, que era el que mandaba, había recibido una orden escrita, encargándole que la tropa española no se juntara con el pueblo, y que no se molestase de ningún modo á la tropa francesa. Las órdenes que recibimos de los jefes nuestros se deben obedecer siempre, sin vacilar: tan sólo de esta manera, que no olvidaréis nunca, llegan las naciones á hacerse grandes; pero la orden aquella que mandaba á las tropas que dejaran matar á los madrileños, sin salir á su defensa, no pudo ser dictada por ningún español: tenía que ser de nuestros enemigos; así lo comprendió el capitán Daoiz, y la Patria le dijo luego que había acertado.

El capitán Velarde, que acababa de llegar de la calle Ancha con un fusil en la mano, medio loco y furioso porque había oído los tiros de los franceses y los gritos del pueblo, concluyó de convencer á Daoiz, que, lle-

no de coraje, sacó entonces la espada, en señal de hallarse dispuesto á la pelea, y todos los artilleros que le rodeaban hicieron lo mismo.

Lo primero que mandó Daoiz fué que abrieran las puertas para que entrara el pueblo. Un momento después el patio del Parque se llenó de gente, y los paisanos y los militares juntos desarmaron á la guardia francesa, sin hacerla daño; les quitaron y se repartieron sus fusiles y sus sables entre muchos, y los demás fueron á los almacenes, que Daoiz les abrió, para coger también fusiles, pistolas, sables y bayonetas. En cuanto estuvieron armados, todos quisieron marcharse para ir á buscar á los franceses por las calles: tan grandes eran las ganas que tenían de pelear con ellos; y, gracias á que Velarde mandó cerrar en seguida la puerta, llegaron á quedarse dentro unos ochenta paisanos, que el mismo capitán distribuyó por las ventanas, por los balcones y por las tapias, en espera del enemigo.

Al mismo tiempo, Daoiz colocó cuatro cañones cargados apuntando á dicha puerta, y todo estaba ya dispuesto cuando los de los balcones avisaron que se acercaba un batallón francés por el lado de la calle de Fuencarral.

Daoiz mandó entonces que se guardara si-

lencio, y, juntando su espada con la de Velarde, se comprometieron los dos á morir antes que ver la esclavitud de la Patria; los demás oficiales les juraron obediencia, y, saliendo de las filas de los Voluntarios del Estado un teniente de Infantería, sacó también su espada y la juntó con las espadas de los artilleros. Este heroico teniente se llamaba D. Jacinto Ruiz.

*
*
*

Los franceses, que habían llegado entretanto, daban golpes en la puerta para que se les abriera, y trataron de derribarla al ver que desde los balcones les contestaban á tiros.

Sin perder un instante, dió Daoiz la voz de «fuego», y, uno tras otro, se dispararon los cuatro cañones, que, haciendo en la puerta cuatro agujeros, vomitaron una lluvia de balas. Los que estaban más cerca murieron deshechos; los que les seguían cayeron también; y los últimos se marcharon, corriendo por todas partes. La calle quedó libre de franceses.

Fué un solo momento, que Daoiz y Velarde emplearon en abrir la puerta, medio deshecha, y en sacar fuera tres cañones, poniéndolos, uno mirando á la calle Ancha, otro á la

de Fuencarral, y otro á la de enfrente del Parque.

Un segundo batallón enemigo, asomando á lo lejos, empezó á hacer fuego con sus fusiles, entablándose vivo tiroteo por uno y otro lado; una bala hirió en el brazo izquierdo al teniente Ruiz, y este intrépido oficial, mientras le vendaban la herida, dirigía á los artilleros gritos de entusiasmo, animándoles para que siguieran la lucha, hasta que otra bala, que le atravesó el pecho, hizo callar su voz y caer rendido á aquel hombre tan valiente. Cayeron también entonces un cabo y cinco soldados de Artillería.

Poco después, apareció por el lado de la calle Ancha una nueva columna francesa, que mandaba un coronel; avanzaba á paso largo, tocando los tambores y las cornetas, dando voces, y no haciendo caso del fuego que recibía; pero bien pronto se vió obligada á detenerse á fuerza de cañonazos, y la lucha se trabó entonces terrible, pues también el enemigo tenía cañones, que colocó en la calle Ancha.

Entre los hombres peleaba Clara del Rey, al lado de su marido y de sus tres hijos, ayudando á los artilleros y no separándose de sus cañones; un casco de granada le destrozó la

frente y la dejó sin vida. También murió allí Manuela Malasaña, muchacha de diez y siete años, á los pies de su padre, que siguió firme en su puesto hasta que le obligaron á retirarse, lo cual hizo cogiendo en brazos á su hija muerta y llorando amargamente. Benita Pastrana, de la misma edad que Manuela, cayó mal herida al lado de su novio, así como Angela Fernández Fuentes, muriendo las dos pocos días después.

También sucumbieron peleando el niño de once años José Amador Alvarez y la niña de doce Manuela Aramayona; eran chicos igual que vosotros, y la muerte los convirtió en grandes.

La lucha seguía cada vez más sangrienta, cuando de pronto apareció por la calle de San Pedro, que ahora se llama del Dos de Mayo, un oficial con un pañuelo blanco en la mano, haciendo señas para que le escucharan. Hubo un minuto de silencio por parte de los franceses y de los españoles; pero como lo que empezó á decir á Daoiz era indigno de un buen español, no le dejaron acabar; un paisano dió fuego al cañón que casi tocaba á la columna francesa, cuyas primeras filas se deshicieron entre el humo del disparo; el combate se renovó más furioso que nunca, y, sobre un mon-

tón de soldados muertos, quedaron prisioneros de nosotros todos los que no pudieron huir, siendo uno de ellos el jefe que mandaba la fuerza.

*
* *

Otra vez era nuestra la victoria; pero los pocos que habían quedado para contarla eran nada más Daoiz y Velarde, cuatro compañeros suyos, diez artilleros de tropa y unos cuantos paisanos.

Llegaron avisos de que se disponían á un nuevo y terrible ataque dos mil hombres con artillería y caballería, al mando de un general. Daoiz y Velarde se prepararon para la defensa última, cargando los cañones con piedras, pues ya se habían acabado las balas y la metralla. Una monja del convento de enfrente pudo ver entonces, desde su ventana, á los dos valientes capitanes dándose un abrazo de despedida y preparándose á morir por el honor de España.

El ataque fué brutal. Los cañones tronaron por un lado y otro, y el enemigo se echó encima, apareciendo por todas partes: para cada español había más de cincuenta franceses; éstos invadieron el Parque, entrando por otras

puertas ó saltando por las tapias; Velarde quiso acudir allí, pero una bala detuvo sus pasos, atravesándole el corazón.

Quedaba Daoiz solo, herido también, apoyado en un cañón para sostenerse, rodeado de enemigos y defendiéndose contra todos ellos. El general que los mandaba se acercó á él como para amenazarle con el bastón; Daoiz tendió su espada furioso, desafiándole; pero el general pidió entonces auxilio á sus soldados, y un granadero hundió su bayoneta en la espalda de Daoiz hasta asomar la ensangrentada punta por el pecho de aquel héroe, que cayó desplomado sobre el cañón, su mejor amigo.

La muerte de Daoiz y de Velarde puso fin á la defensa desesperada del Parque de Artillería, donde los franceses entraron vencedores, sin gloria, pues toda entera se la habían llevado los vencidos. Su venganza resultó horrible, y á muchos inocentes les costó la vida; pero aún fueron más los franceses que matamos en leal combate.

Así terminó aquel día, tan triste mirado desde la tierra, y tan hermoso visto desde el cielo.

Aprended bien, leyéndola muy despacio, esta corta lección de Historia, vosotros, los niños mayores, para que podáis enseñarla á los más pequeños, procurando que, así como, al romper á hablar, la primera voz que pronuncian es el nombre de su madre, al aprender á leer, la primera palabra que entiendan sea el nombre de la Patria.

Aprender y enseñar es la tarea más noble de nuestra vida. El pueblo de Madrid, el 2 de Mayo de 1808, dió una lección á España; lo cual sirvió para que, aprendiéndola, en Bailén, en Zaragoza y en Gerona, diera después España otra lección al mundo entero.

Hoy, por nuestra suerte, somos amigos de todas las naciones; la paz es el bien más grande que podemos gozar; el Ejército, que es el que la mantiene, cuando se pierde la paz, va á la guerra tan sólo para buscarla; con la paz se ensanchan las ciudades y florecen los campos; con la paz se alimenta el trabajo, y con el trabajo se hacen los pueblos ricos; pero si algún día vinieran enemigos á pisar otra vez el suelo de España, ¿verdad que, si para entonces sois ya grandes, haréis lo mismo que el pueblo del Dos de Mayo? ¿Verdad que, aunque todavía fuerais chicos, sabríais pelear y morir como el niño José Amador Alvarez?

Haced que su nombre, y todos los otros nombres que habéis aprendido, formen vuestro recuerdo de aquella lucha gloriosa, y que lo llenen de tal modo, que no quede sitio para acordaros del daño que nos hicieron los franceses; el rencor no se guarda nunca.

Y en cuanto á los dos capitanes de Artillería, jefes de la defensa del Parque, ya que juntos se decidieron á perder la vida, juntos repartieron las armas, juntos pelearon, juntos murieron y están enterrados juntos, vosotros debéis conservar siempre en el corazón y en la memoria, juntos también, sus dos nombres: **DAOIZ Y VELARDE**



